

“LA GLORIA DE DON RAMIRO” EN LA NOVELA HISPANOAMERICANA

POR

ERNESTO GIMENEZ CABALLERO

UN joven escritor—Rafael Gómez Montero—apareció una noche en «¡Levante!»—nuestro periódico oral de la Puerta del Sol—con un cartapacio.

—Es un libro sobre «Larreta y Avila». Y yo quisiera que usted, don Ernesto, me pusiese un Epílogo.

Eran crónicas periodísticas en torno del último viaje a España (verano, 1948) del novelista argentino Enrique Rodríguez Larreta.

Por un momento pensé escribir allí mismo, sobre una mesa de mármol y sugerido por ese mármol, un «Epitafio».

Pero en seguida comprendí que no se merecía tal modalidad fúnebre y breve ni la juventud del cronista ni la significación vital de aquella novela, «La gloria de don Ramiro», que constituyera por 1902-1908 la primer narración de esperanza y de vida en la historia de la novelística hispanoamericana.

Por lo cual decidí utilizar la primera coyuntura posible para testimoniar a Larreta y su cronista mi comprensión anchamente.

Y esa coyuntura es ésta que los CUADERNOS HISPANOAMERICANOS me ofrecen hoy al solicitarme el desarrollo de un tema a mi gusto.

AFIRMACIÓN.

Hace tiempo que tenía ganas de proclamar una gran afirmación histórica sobre la literatura hispanoamericana. Y esa afirmación—ya llegada la hora—es la siguiente: *En torno a 1900, la literatura his-*

panoamericana tuvo su fecha crucial: la de su ruptura con el Romanticismo y la de su incorporación a una nueva era: renaciente, existencial, esperanzada.

No importa que antes de 1900 hubiese precursores del nuevo espíritu.

Tampoco importa que tras 1900 perdurasen aún vestigios románticos. Lo importante residió en que el auroral mensaje proclamado en Alemania por un Nietzsche, en Francia por un Barrés, en Inglaterra por un Kipling, en Norteamérica por un Whitman, en Italia por un D'Annunzio y en España por la generación del 98, tuvo también en Hispanoamérica su inspirada vocalidad. Un concierto de tres geniales voces. Para la prosa doctrinal, con el «Ariel» (1900) del uruguayo Rodó. Para la Poesía, con los «Cantos de Vida y de Esperanza» (1905) del nicaragüense *Rubén Darío*. Y para la novela, precisamente con «La gloria de don Ramiro» (1902), del argentino Enrique Rodríguez Larreta.

«LA GLORIA DE DON RAMIRO».

¿Qué significó esta novela en la historia de la novela hispanoamericana?

Yo creo que no se ha precisado todavía indeleblemente. No obstante, los estudios o comentarios de extranjeros como Rostand, Dantas, Barrés, Maeterlinck, Farinelli; de españoles como Maeztu, Unamuno, Baquero, Pérez de Ayala, Benavente, «Azorín»; de americanos como la Mistral, Rubén, y libros como el denso de Berenguer Carisomo. Y como no se ha precisado bien—aunque se haya presentado—, yo quisiera acometer esa tarea.

* * *

«La gloria de don Ramiro» goza de una gloria cierta. Pero la mayoría de las gentes no saben bien en qué consiste esa gloria. Y conozco muchos lectores actuales que, tras haber abordado ese libro, salen de él con una noción confusa, inexplicable y retórica. Y es que si «La gloria de don Ramiro» quedó gloriosa en su día, no fue por su trama novelesca, ni por la lengua limada y convencional, ni por el mayor o menor talento narrativo de su autor, sino porque su autor había escogido—allá por 1902—la «Ávila de 1570» como misterio inspirador. Abandonando el romántico *indigenismo* antiespañol que trajo la independencia hispanoamericana en el XIX. Y abandonando también el no menos romántico *européismo* (París, Londres, Italia) que trajo al mismo tiempo esa independencia.

Un trabajo de suma intensidad significativa sería la confrontación de estos tres libros que acabo antes de indicar : el «Ariel» de *Rodó*, los «Cantos» de *Rubén* y el «Don Ramiro» de *Larreta*.

Y yo estaría tentado de hacerla ahora mismo si no me incitara más el deseo de encuadrar tal novela argentina de Avila y complacer así a mi joven amigo Gómez Montero.

* * *

El propio Larreta confesó que «al llegar a Avila en 1902 le pareció que había sido ungido por una inspiración misteriosa».

Esa inspiración misteriosa no fué otra que la expresada por Larreta más tarde en un proverbio poemático :

*¡Bendita sea la rama
que al tronco sale!*

Esa Rama era su Novela : su inspiración : su savia. Ese tronco era Avila : era España : era la vuelta de Argentina y de América a su genuinidad paterna. A su genio originador : lo español.

Las consecuencias de aquella inspiración argentina de 1902—encarnaron ya en efectos políticos. Y pronto los tendrán históricos.

Y como esto—que me llevaría a una larga digresión—lo he estudiado hondamente en mi reciente libro *Amor a Argentina o el Genio de España en América*, a él me remito para quien desee seguirme en mis afirmaciones.

Ahora estoy en una tarea puramente literaria. Y en este sentido me parece muy pertinente—puesto que se me ofrece el necesario espacio—el mostrar un Pañorama de la Novela hispanoamericana desde sus Orígenes románticos hasta el libro de Larreta.

ORÍGENES ROMÁNTICOS DE LA NOVELA HISPANO-AMERICANA.

La Novela en Hispanoamérica apareció tardíamente con el anónimo «Lazarillo de ciegos caminantes» (1773), y sobre todo con el «Periquillo Sarniento» (1816) del mejicano *Lizardi*. Hasta entonces—durante la época *colonial* (siglos XVI y XVII) sólo hubo reflejos de la Novelística española y prohibiciones de entrar novelas, como lectura peligrosa.

Ya el «Periquillo Sarniento», así como otra novela de *Lizardi*, «La Quixotita» (1819), revelaron—junto al influjo hispánico de *Cervantes*, de la *Picaresca* y del *P. Isla*—un conato de insurgente Libertad. Aparecía el *Yo* romántico, que, como en la Península—y

con más fuerza aún, tomó las dos direcciones esenciales hacia una *Libertad Colectiva* y una *Libertad egolátrica*.

* * *

Las Novelas de *Libertad colectiva o patriótica*—«Novelas de la Independencia»—ofrecieron dos aspectos: uno, «la lucha contra los Tiranos». Otro: la «exaltación del Indigenismo, en la «Tierra» y en sus «Nativos indios».

Tres obras importantes «contra el Tirano» (*Rosas*) abren la Novela argentina en el XIX: «El Matadero» de *Esteban Echevarría* (1805-51) o descripción de la «mazorca» (policía tiránica de Roças). «Amalia» (1851-5) de *José Mármol* (1817-71), episodio romántico de un perseguido por el Tirano. Y uno de los libros más importantes de Hispanoamérica: «Facundo» (1845), de *Domingo Faustino Sarmiento* (1811-88) o lucha de la Civilización (liberal) contra la barbarie (tiranía).

El otro aspecto de manifestarse la *libertad patriótica* en la novela hispanoamericana del siglo XIX fué exaltando el «indigenismo» en «tierras y en nativos». Lo que se ha llamado la «novela indianista».

Primero, tuvo una *etapa descriptiva* o puramente *histórica* al modo de W. Scott, Chateaubriand o F. Cooper. A esa etapa pertenecieron: «Caramurú» (1848), del uruguayo *Alejandro Magariños Cervantes*, que sólo tuvo de indígena el título. «Los mártires del Anahuac» (1870), del mejicano *Eligio Ancona*, con reconstrucciones de época. «Cumandá o un drama salvaje» (1871), del ecuatoriano *Juan León Mera*, en que los indios aparecían idealizados. «El Enriquillo» (1879), del dominicano *Manuel de Jesús Galván*, basado en la crónica del P. *Las Casas*. Y «Aves sin nido» (1889), contra la esclavitud de los indios, por *Clorinda Matto de Turner*.

Entre las *novelas históricas* menos importantes citemos aún: las de *Juana Manuela Gorriti* (1818-91), argentina, «El pozo de Yorcá», «El tesoro de los incas». Las de *P. Echagüe*, argentino, «La rincónada», la «Lucía Miranda», de *Rosa Guerra*. «Pablo o la vida en las Pampas», de *Eduarda M.^a Mansilla*. «Los cuentos chilenos», de *Lastarria* y de *Jotabeche*. Y otras de *Terrazas*, *Aguirre*, *Anzoátegui*, *M. M. Caballero*, *Julio Calcaño*, *La Avellaneda*, etc.

Después hubo otra etapa más *costumbrista* y *realista*, según modelos españoles (*Estébanez*, *Larra*, *Galdós*, *Pereda*, *Valera*) y europeos (*Balzac*, *Dickens*...). A ella pertenecieron los mejicanos *Ignacio Manuel Altamirano*, con «El Zarco», «La navidad en las montañas»; *López Montillo*, «La parcela» (1898), galdosiana y peredis-

ta. *Rafael Delgado*, «La calandria». De Chile: *A. Blest Gana* (1830-1920), imitador de *Balzac*, en su «Comedia humana chilena», pintada en «Martín Rivas», «Durante la reconquista», «Los trasplantados»...

Habría que citar obras «naturalistas» como *Orrego*, *Ocantos*, *Carrasquilla*, *Gamboa*, *La Torre*... Pero el nombre admirable y singular de esta modalidad costumbrista— evocaciones, tierras, ciudades, tipos—fué el peruano *Ricardo Palma* (1833-1919) con las «Tradiciones peruanas» (1872-1906).

También hay que situar aquí la modalidad romántica y costumbrista de la «novela gaucha» surgida al par de la *Poesía* y del *Teatro* sobre los gauchos. Fué iniciada por el argentino *Gutiérrez* (1853-90) con «Juan sin tierra», «Juan Moreira», «Hormiga negra»... Y seguida por otros autores del siglo XX (*Payró*, *Acevedo Díaz*, *Viana*, *Zavala Muniz*, *Lynch*, *Güráldez*...). Y el propio *Larreta* («Zogoibi»).

Estas dos etapas de *La libertad patriótica* en sus aspectos *histórico* y *costumbrista*, que destacaron dos obras—ya originales y genuinas— «El Facundo», de *Sarmiento*, y las «Tradiciones peruanas», de *Ricardo Palma*, abocarían a una *última etapa*, de independencia lograda, de características propias: con novelas poderosas. Novelas sobre *tierras, selvas y ciudades*. Y novelas sobre *gauchos e indios* con rasgos rebeldes y sociales.

* * *

En cuanto a la *segunda modalidad romántica* en la expresión de la *libertad*—no en forma *colectiva y patriótica*—, sino a través de un *Yo* «sentimental» (introvertido) o «viajero» (extravertido). Hispanoamérica ofreció a lo largo del siglo XIX estas esenciales novelas:

Como *novela sentimental* (amorosa y romántica) con modelos a lo «Atala», «Rene» o «Pablo y Virginia», la más ejemplar y famosa de las hispanoamericanas en el pasado siglo fué «María» (1867), del colombiano *Jorge Isaacs* (1837-1895), cuyo análisis lírico y como personal de los amores entre *Efraín* y *María*, constituiría por mucho tiempo el espejo de innumerables imitaciones. Así, la «Josefina», de *Dario Salas*; la «Carmen», de *Pedro Castera*; la «Lucía», de *Guerre-ro*; la «Angelina», de *Delgado*; «En el cerezal», de *Campo Ortega*; «Esther», de *Miguel Carré*; «María Dolores», de *Joaquín Ortiz*; «Días amargos», de *Vaca de Guzmán*...

Respecto al *Yo extravertido*, viajero, asomado a tierras ajenas, para aprender, observar, comentar e imaginar, el modelo primero quizá es el de *Domingo Faustino Sarmiento*, maestro, periodista,

emigrado, polemista, soldado, educador de América, con su «Facundo», comparado a Emerson en Norteamérica, llegado a Presidente de la Argentina. Y que también fué gran viajero, aunque implacable contra España, pero por amor de independencia natal. De sus recorridos surgió su libro «Viajes por Europa, Africa y América» (1849). Y, para evocar sus rincones patrios, aquel otro de «Recuerdos de provincias» (1850).

Continuadores de esta expresión del *Yo hacia el exterior* fueron *L. V. Mañilla* (1831-1913), argentino, con «Una excursión a los indios ranqueles» (1879); *Leonardo Wilde* (1844-1913), boliviano, con «Viajes y observaciones», «Por mares y por tierra». *Miguel Carré* (1851-1905), argentino, «En viaje» (1884). *Bartolomé Mitre* (1851-1900), argentino, «Hacia los Andes». *F. de Oliveira* (1856-1910), «Viaje al país de los tobas». Y otros como *L. V. López*, *José Sixto Alvarez*...

Esta evasión al exterior tendría un cultivo novelado y magnífico en el siglo XX, a través de nombres como *Reyles*, *d'Halmar*, *Prado*, *M. Zuviria*, *H. Quiroga*... (Y también *Larreta*).

* * *

Resumiendo: La *novela hispanoamericana en el siglo XIX* pugró por independizarse de los influjos españoles, en busca de una expresión propia a través de relatos «históricos», «costumbristas», «sentimentales» y «viajeros». De todos sus tanteos quedaron tres obras: «Facundo», de *Sarmiento* (o la libertad frente a la tiranía). «Tradiciones peruanas», de *Ricardo Palma* (o la libertad en disponer de un pasado histórico como propio). Y «María», de *Jorge Isaacs* (o la libertad en la expresión lírica y sentimental de un alma genuinamente hispanoamericana).

* * *

¿Qué sucedió, por tanto, en el mundo espiritual de la novela hispanoamericana para que tras esa exaltación romántica de la *libertad*—de pronto y al rayar el siglo XX—un argentino como *Larreta* eligiese como tema narrativo nada menos que la *España del Imperio* y de la *Inquisición*, simbolizada en el *Avila* mística y heroica de 1570?

Sucedió sencillamente que *Larreta* fué el primero de los novelistas hispanoamericanos en percibir los nuevos mandatos ideales de toda una era nueva en el mundo del espíritu. Y aplicarlos a su arte, como hiciera *Rodó* para su «Pensamiento» y *Rubén* para su «Poesía».

Las notas esenciales del Romanticismo en literatura radicó en el sentimiento de *libertad*: a) Libertad colectiva o «nacionalista»; y b) Libertad individual o «egolátrica».

La libertad colectiva en literatura fué la encargada de cantar la ruptura de los estados absolutos y racionales del siglo XVIII en «hechos diferenciales» o «nacionalidades», lo que tuvo lugar cuando el postulado liberal de los Derechos del Hombre dió nacimiento a independencias e insurrecciones en todo el sistema histórico de Europa: bien formando nuevas naciones europeas, bien constituyendo repúblicas en las antiguas provincias de América.

Ahora, en el siglo XX, el fenómeno «nacionalista», lejos de desaparecer, se potenció a dimensiones extraordinarias: a una *voluntad Koiné*—común—entre *pueblos y gentes afines por algún histórico motivo*. Y así, surgieron los grandes sueños poéticos y políticos de los «imperialismos mundiales».

Si la «nación» fué, en el Romanticismo, el resultado ideal del «derecho a vivir su vida cada pueblo singular», ahora esa romántica apetencia de vida buscó apoyos que la dilataran más allá de la simple singularidad. Ya no sólo se quiso «vivir», sino «vivir más». Y si para *vivir más* era preciso sacrificar *libertades menores* ante la *libertad de poderío total*, se sacrificaron. Las mayorías «sociales» absorbieron las minorías «burguesas». Las masas triunfaron, recogiendo en extensión todo el intenso legado de la burguesía romántica del racionalismo ilustrado del XVIII.

Ya no advino una época de RAZÓN como en el XVIII, ni de SENTIMIENTO como en el XIX, sino de VOLUNTAD.

En cuanto a la otra nota romántica—la *egolátrica*—también adquirió en el siglo XX su tensión máxima.

Si el HÉROE fué para el siglo XVIII el «filósofo» o inventor, y para el siglo XIX el «insurrecto» (pirata, don Juan o Luzbel), ahora en el siglo XX había de ser, como dijo uno de sus vaticinadores, Nietzsche, un «super-hombre» o cesáreo realizador de esos sueños imperiales, bajo diferentes nombres, según cada cultura.

Vemos, por tanto, que el *canto* vital del siglo XX fué, en cierto aspecto, una «dilatación exaltada» de aquel *romántico* de por 1830:

una como reacción contra el período positivista, naturalista y burgués de la segunda mitad del siglo XIX. Tal vez por este aspecto se ha llamado a esa reacción de nuestro siglo «Neo-romanticismo». Reacción que tendría sus fundamentos espirituales en una serie de pensadores, biólogos y poetas afirmadores de un principio metafísico más allá del sistema mecanicista del positivismo: la *vida*.

Sin embargo, el nombre de «Neo-romanticismo» no conviene sino sólo en aquella expresión de *libertad* que supone la *vida*.

Pero, en cambio—es inexacto ese nombre—, para designar el *sentido histórico* de tal afirmación vital.

El Romanticismo fué en el siglo XIX la última consecuencia idealista que, desde el Romanticismo de Descartes en el siglo XVII, venía negando la realidad y proclamando la sola certeza del *Yo*: de la *idea*. Por el contrario, la proclamación de la *vida* ha vuelto a suponer un reconocimiento de algo real dentro y fuera del *Yo*. Como se dice en filosofía, una afirmación «ontológica» o del ser, enlazada por eso mismo al gran Aristóteles, primer metafísico sobre la *vida*, frente a los filósofos mecanicistas y materialistas que le precedieron (la escuela eleática) y frente al idealismo de Platón.

El *Romanticismo* había sido, en su más profunda significación, un ataque al *Renacimiento* y, por tanto, al *Clasicismo antiguo*. De ahí que propugne aquella vuelta a lo *Medieval* que constituyó su nota más decisiva.

Por contra, la más decisiva característica del *sentido vital* del siglo XX ha consistido en una estimación nueva y magnífica de los valores *renacentistas* y *antiguos*. Y, dentro de la Edad Media, de aquellas figuras, momentos y sensibilidades que significasen una «continuidad» del *clasicismo* con modalidades cristianas.

* * *

Esa fué la causa determinante y hondísima de que Larreta situase su «Gloria de don Ramiro» en plena España de 1570, la España *leptantina*, de la Cruzada contra el Oriente. España del Renacimiento. Era la España de máxima plenitud vital, imperial. En una nueva directiva «Koiné» de lo hispánico, esa directiva universal que se llamaría más tarde la *hispanidad*.

En este radical sentido «La gloria de don Ramiro» fué la primera novela hispanida de América. De ahí el clamor y novedad que suscitó.

Era el primer estremecimiento «narrativo» que sentía «una co-

munidad de destino», imposible hasta entonces de sentir en el seccionista del siglo XIX.

Obtenidas las independencias americanas del Sur en repúblicas libres, hubo, a pesar de tal independencia, un temblor de inquietud, un ansia de vida más fuerte—ya soñada por Bolívar—y de esperanza en un mañana ideal. Un amanecer áureo—*alba de oro*—que acertaron a expresar, lo reiteramos, Rubén con el verso, Rodó con la reflexión y Larreta con su «Gloria de don Ramiro». Larreta presintió que una América desconectada del destino universal de lo hispánico era una aberración. Porque en lontananza apuntaban peligros que hoy son ya realidades tremendas. Y que ni la pura «argentinidad» ni la simple «españolidad», ni la escueta «mejicanidad», ni cualquier otro aislado «nacionalismo» podrían superar. Al cabo de casi medio siglo de escribir Larreta su «Gloria de don Ramiro» sobre aquella Avila de 1570, en vísperas de Lepanto, el mundo ha cambiado hacia una situación histórica alucinantemente parecida.

Por eso, la mayor gloria de don Enrique Larreta es la conciencia de ese fenómeno en unas declaraciones hechas ahora—1948—a su paso por Avila: «Estamos en unos momentos muy parecidos a las vísperas de Lepanto, y no sería difícil que España volviese a ser cabeza y defensa de la Cristiandad.» 1570, 1950. Fechas mágicas que un arte de vidente vaticinador, de auténtico poeta, supo descubrir cuando por 1902 todos andaban por Hispanoamérica soñando aún en los idilios indigenistas o en el París de Verlaine y Baudelaire.

RECUERDOS PERSONALES SOBRE LARRETA.

Yo conocí a Larreta en España hace unos veinte años.

Dirigía yo por entonces «La Gaceta Literaria», el «Cineclub», y acababa de fundar «La Galería».

En «La Gaceta Literaria» publiqué ya una exaltación suya. En el «Cineclub» acogí un aspecto desconocido de Larreta, su pasión por el cine, proyectando un documental suyo sobre la Pampa—aún el cine era mudo—, mientras un amigo suyo acompañaba la proyección con vidalas y cielitos rasgueados en una guitarra desde un palco del cine Goya madrileño.

Y en «La Galería» le ofrecimos una recepción. «La Galería» era un salón que lanzaba al aire hispánico entonces dos grandes futuridades: «el mueble y la arquitectura funcional» y «la artesanía española». «La Galería» estaba en la calle Miguel Moya, 4. Como por el momento no pudimos desarrollar nuestras «futuridades», lo tras-

pasamos a un restorán. Llamábase «Or-Kom-Pon». Y siendo allí donde se escribió el Himno de Falange.

Yo no hacía mucho que había venido de Estrasburgo, donde tuve ocasión de conocer al gran prototipo larretiano: Mauricio Barrés. Como Barrés, tenía Larreta el perfil aguiluchesco, corvino. Como Barrés, un mechón de pelo negro le diagonalizaba la frente, anticipando el peinado de Hitler.

Y como Barrés, sentía el signo de la época, contra lo «desarraigado», lo «déraciné». Por lo que Larreta se encontró con Barrés en España y discutió con él si situar a don Ramiro en Toledo o en Avila. Barrés era partidario de Toledo. Pero Larreta de Avila, impulsado por cierto fervor teresiano de su esposa, por el encanto que le produjeran los recuerdos de Avila vistos por Quadrado y por una corazonada personal.

Yo sabía que Larreta—como buen Argentino—estaba aún muy pegado a París, donde fuera embajador por 1910. Pero también sabía que entonces había encontrado en París a Zuloaga. Y Zuloaga fué el que le iba a incrustar para siempre en el Avila por Larreta recién cantada.

Tenía Larreta—no lo olvidaré—una casta señorial de Renacimiento hispánico. Unida a una finura agauchada, pampera, platense, que refinaba de argentinidad y novedad su perfil arcaizante. No volví a ver más a Larreta hasta este pasado año que aterricé en Buenos Aires. El mismo día que él se preparaba a retornar hacia España. Yo llegué por la mañana y por la tarde me llevó el embajador Areilza a casa de don Enrique.

Era ya de noche. Y más de noche aún dentro de los salones de su gran chalet. Porque estaba proyectando películas de España en color a la mejor sociedad bonaerense. Como anticipándose placeres y recuerdos. Estaba joven, animoso. Los años no habían pasado por él. Excitado por el retorno a una España que había comenzado su Lepanto nuevo en la guerra civil del 36 al 39. Casi no pudimos hablar. Pero me enseñó rápidamente su mansión. Cuadros, estatuas, casullas, santos de palo, rejerías, libros, cuanto de la España clásica había podido traerse.

Al regresar yo a Madrid a los dos meses, Larreta estaba todavía en Madrid. Y llegué a verle justo la noche antes de regresar él a Buenos Aires.

Cenamos solos en los jardines del Ritz.

Y allí conocí al Larreta profundo de hoy. Al Larreta que se llevaba el homenaje de toda una España agradecida y enamorada. De

un *tronco* español que bendecía esa *rama* argentina de la *continuidad* por él representada.

Vi que Larreta había comprendido que por España había pasado un huracán histórico. Que la España literaria y noventayochesca de sus anteriores viajes había granado en un espíritu depurado y genuino. En todo un destino renovado. Y yo, a mi vez, que venía de una Argentina ya desparisianizada, de una Argentina que clamaba por una España renaciente como no se había clamado en Argentina desde los tiempos de Santa María del Buen Aire—yo, que venía de una Argentina en plena ascensión histórica, juvenil, entrañable, respetuosa y encariñada de nuevo con España—, comprendí lo que nuestros dos países, España y Argentina, debían a ese hombre viejecito de años, galán de aspecto aún : Larreta. Le debía lo que los pueblos deben siempre a sus poetas auténticos : la salvación.

*¡Bendita sea la rama
que al tronco sale!*

En nombre de toda mi sangre española—la vertida en 1570 y la de 1936 a 39—yo bendije ¡oh tronco imperecedero de España! a este retornar hispanida de lo argentino. ¡Dios salve al pueblo de Larreta! Porque será salvarnos a nosotros. Y con nosotros a todas las gentes hispanas del mundo.

Ernesto Giménez Caballero.
Guadalquivir, 10.
Colonia El Viso.
MADRID (España).